

han incurrido al tomarlas; pero también sucede que á los que han obrado con pleno convencimiento, estas armas se les pegan á las manos de modo que ya no pueden soltarlas sino con la vida. Luego no es posible saber hasta dónde llega la excepción que se hace contra los jefes, y ante el temor de haber incurrido en responsabilidad, todo el mundo se declara jefe. Todos estos efectos causó la proclama del príncipe. La revolución quedó reducida al puñado de hombres enérgicos que saben defender sus convicciones aun á precio de su vida.

Pletinckx que tanto había osado, Pletinckx como militar, habíase de considerar como la primera víctima si los holandeses triunfaban; por consiguiente, no le quedaba más remedio que huir ó vender cara su vida y á esto último se decidió á pesar de las lágrimas y súplicas de su familia.

Consagrado ya por entero á la causa de la revolución, no tardó en convencerse el bravo teniente, á quien tan mal habían tratado los holandeses cuando fué reintegrado en las filas del ejército, como hemos contado, que la causa belga estaba rodeada de traidores; pero de estos traidores terribles que saben encubrir su traición cubriéndose de sangre. Uno tras otro, Borremans y van der Meere llevaron al pueblo contra el príncipe Federico para que pudiera acuchillarlo impunemente en aquellas llanuras la caballería holandesa, y todos hubieran perecido si Pletinckx no acudiera en su socorro. Estas salidas intempestivas, capitaneadas por hombres sospechosos, le revelaron al instinto patriótico de Pletinckx la odiosa trama imaginada para desarmar la revolución, y lleno de arroyo se presentó en las Casas Consistoriales,—22 de Setiembre,—en donde encontró á Hoogvorst con una comisión de notables bruseleses deliberando sobre el modo de hacer que, cuanto antes, penetrase en la capital el príncipe Federico, é intimó á todos los allí reunidos que se retiraran á sus casas negándoles todo derecho á ocuparse de los intereses públicos. De esta manera terminó el primer período del alzamiento belga.

Pletinckx, rodeado de los miembros del Club belga, de Dupectiaux, Everard, Nique, barón Felner, Gregoire, Fischer, Roussell, Van Halen, etc., se encargó de la dirección del movimiento, obrando como un verdadero dictador. La osadía iba á guiar ahora á los que no parecían ser más que una minoría.

Dupectiaux arrancó de la burguesía una protesta contra los que habían pedido la entrada del príncipe Federico, y en compañía de Everard fueron á llevarla al príncipe quien les mandó detenidos á la ciudadela de Amberes.

Mientras esto se hacía para intimidar al príncipe, Pletinckx reunía y sumaba sus recursos recogiendo algún dinero de varios notables, y concentrando sus depósitos militares. A Gregoire le dió orden de defender hasta el último extremo el palacio real, mientras él acudía á las puertas de la ciudad que encontraba guarnecidas por cuatro, seis, diez y treinta hombres la que más.

A las dos de la madrugada oyóse tocar la diana en las posiciones holandesas. El momento decisivo iba, pues, á sonar también para Bruselas.

Si bien el príncipe Federico era un hombre más serio y enérgico que su hermano el príncipe de Orange, no reunía la experiencia y los talentos militares de éste, con su presunción de ser un general experimentado. Para aconsejarle y para retenerle se puso pues á su lado de jefe de Estado mayor al general Constant de Rebecque, militar frío, experimentado y enérgico, incapaz de retroceder ante el peligro, ni de ceder por temor de la más extrema violencia. Estos hombres con diez mil trescientos más y veintiseis cañones, eran los que iban á arrojar sobre Bruselas.

Veinte hombres defendían la barricada construída detrás de la puerta de Shaerbek, cuando á las ocho de la mañana se presentó el principal cuerpo holandés para atacar aquella posición. Nula hubiera sido la resistencia si Gregoire no hubiere acudido á tiempo con sus trescientos hombres y seis cañones. Pero la artillería superior de los holandeses les obligó á retirarse, y como la gente de Gregoire se negó á encerrarse,—con grande previsión,—en el palacio real, Gregoire se llevó á sus hombres y á sus cañones á la plaza Real, ocupando la gran barricada que cerraba la calle Real, por donde debían presentarse los holandeses. La enérgica actitud de este puñado de hombres enardeció á muchos más, y Gregoire pudo estar seguro de recibir bien á los holandeses, quienes se estrellaron delante de la resistencia que les opuso la barricada de la calle Real.

Lo mismo sucedió á la columna que había entrado por la calle de Louvain. Dos barricadas había tomado, cuando al llegar á la de la calle de Treuvenberg se vió cortada y diezmada por el fuego que se le hacía desde la misma y desde las casas vecinas. La columna retrocedió, dejando muchos muertos y heridos en las calles y además ciento cincuenta prisioneros, á cuya vista hasta los más tímidos se reputaron invencibles guerreros, acudiendo en masa á la defensa de la ciudad. Este movimiento de la población bruselesa, dió por resultado el que fueran á estrellarse contra las barricadas las diversas columnas

de asalto que por todas partes habían penetrado hasta el centro de Bruselas.

Vino la noche, y el príncipe Federico, conocedor de las pérdidas que había sufrido, de la resistencia que iba á encontrar por todas partes si porfiaba, del fracaso del general Tripp en Malinas á donde le había enviado para ocupar dicha ciudad, se resolvió á enviar al coronel Gumoens á los revolucionarios para contener la efusión de sangre, pero como si la partida jugada fuera suya. El pueblo indignado por la prisión de Dupectiaux y Everard quería vengarlos en Gumoens; pero se le pudo salvar de su furor y se le llevó Hoogvorst que había cumplido como un hombre de honor en el momento supremo, por haber salido Pletinckx á buscar gente á Nivelles y á los liejeses de Rogier.

Hoogvorst, naturalmente, le dijo al coronel holandés que pasaría á verse con el príncipe, y á éste no le ocultó que si quería prevenir nuevas desgracias, lo único que debía hacer era retirar sus tropas de las posiciones que había tomado dentro de la ciudad. Consentía la evacuación el príncipe, pero á condición de que se restableciera la guardia cívica, aquella guardia que se había dejado tomar los fusiles que acababan de salvar la revolución belga. Como esto era humanamente imposible, pues Hoogvorst no tenía medios de ninguna clase para imponerse al pueblo, la lucha comenzó de nuevo con el alba, llamando al pueblo á defender su libertad é independencia las campanas de Santa Gudula.

Enérgico fué el ataque de este día,—24 de Setiembre,—y se tiró á imponerse á la ciudad arruinándola; pero con esto el jefe del Estado mayor del príncipe Federico, no hizo más que convertir en un solo hombre á todos los bruseleses, y á esto debióse el que no pudiera dar un paso adelante, antes al contrario, tuvo que abandonar el parque de la ciudad.

Decisivo iba á ser el combate del 25, y por consiguiente, era necesario que la defensa se organizara bajo un pie serio. Hoogvorst, el pintor Jolly antiguo oficial de ingenieros y Rogier, que estaba ya dentro de Bruselas, constituyeron el Comité directivo que nombró comandante general de la defensa, al español Van Halen, á quien se dió de jefe de Estado mayor á Pletinckx. Estos dos hombres juntos con el viejo general bonapartista Mellinet, que hacía diez y seis años que vivía retirado en Bruselas, tomaron sus medidas para el gran combate del día 25, y como la energía de Bruselas había despertado en todas partes el sentimiento del honor, Gendebien y Weyer, de un lado y Félix Merode de otro, entraron

en la ciudad con gente de los pueblos vecinos, llevando además los primeros diez barriles de pólvora. Al pundonor de estos patriotas se debió, pues, que en el momento decisivo reapareciera en su puesto de honor y de peligro el Comité de Salvación pública, que venía á representar la unión de todos los belgas para la defensa de la capital.

Van-Halen creyó que debía inaugurar su mando con un golpe extraordinario. Tres columnas debían dirigir un ataque simultáneo contra el Parque, cuyas avenidas guardaban los holandeses que no habían dejado dentro del mismo más que un cuerpo de buenos tiradores. El ataque había de hacerse contra las verjas que lo cerraban por el lado de la plaza Real, por el de la montaña del Parque y por el palacio de los Estados generales que debía atacar Pletinckx y en donde se habían fuertemente fortificado los holandeses. Pletinckx dirigió por esta parte con tanto vigor el ataque á pesar de carecer de la artillería que era la única arma que podía vencer la resistencia de los holandeses, que el príncipe Federico hizo de su defensa el objeto principal del combate.

Van-Halen, viendo comprometido á Pletinckx, corrió á sostenerle, cuando de pronto sonó la trompeta de un parlamentario. Cesó el fuego y se presentó el representante del príncipe Federico con una misión para Pletinckx que éste no quiso recibir, enviándola con el parlamentario á las Casas Consistoriales, en donde estaba reunido el Comité de Salvación pública.

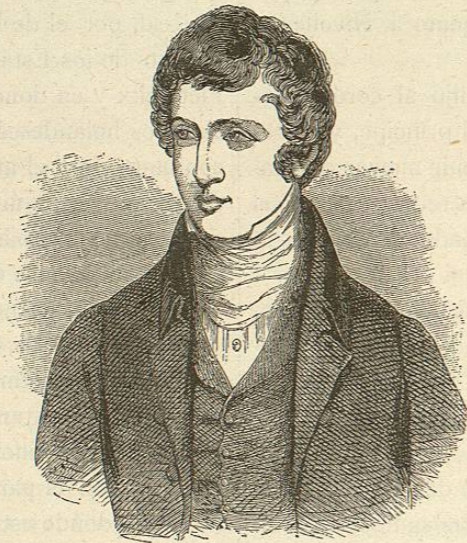
Todo esto no era más que una indigna superchería para perder á Pletinckx, á quien se creía todavía en el cuartel general del príncipe Federico, el dictador de Bruselas, pues lo que venía á hacer el parlamentario era á presentar una convención que se suponía hecha entre el príncipe y cuatro representantes de la burguesía bruselesa, para la pacificación de la ciudad.

Adivinada la farsa por los del Comité de Salvación pública, resolvieron contestar al príncipe diciendo que solo ellos representaban al pueblo bruseles, y para más mortificarle y hacerle comprender el golpe en vago que había dado, dispusieron que fuera el mismo Pletinckx quien llevara su respuesta al príncipe, que cometió la atroz villanía de detenerle prisionero enviándolo á Amberes, en donde estuvo sujeto á los más inicuos tratos.

Con esto la lucha se renovó con más furor que nunca, haciéndose por momentos insostenible la posición del príncipe dentro de la ciudad que evacuó á favor de la noche.

Día de inmenso júbilo fué para los bruseleses el

27 de Setiembre al verse libre de enemigos, y su satisfacción aumentó la entrada triunfal de Potter que llegaba de Lille. Sin embargo, el pueblo se entregó á algunos excesos contra los partidarios de los holandeses; pero estos desahogos de la indignación popular fueron reprimidos á tiempo, y nada más vino á turbar la alegría de tan memorable día, consagrado por entero á celebrar las jornadas de la defensa y para enterrar patrióticamente á todos los que cayeron durante la lucha, en la plaza de los Mártires, en donde un monumento vino luego á recordar á los belgas, cómo habían reconquistado la patria libre por tantos siglos perdida.



STANLEY (CONDE DE DERBY)

reaparecido el Comité de Salvación pública, unióse á éste la Comisión directiva de la defensa y con Potter, de quien no podían prescindir aun cuando lo hubieran deseado; pues el pueblo no podía olvidar al hombre que tan valientemente había defendido la causa nacional, despertando en el corazón de los belgas el sentimiento del patriotismo. Todos estos hombres reunidos formaron el verdadero gobierno provisional, que entró en funciones teniendo en caja, como luego contó Gendebien, diez florines treinta y seis céntimos.

Como el gobierno provisional belga, resuelto á la defensa de la libertad de la patria, no podía hacerse ilusiones sobre los medios que contaba para asegurarla, y mucho menos si los prusianos acudían en auxilio de Holanda, como era de temer, el gobierno provisional se apresuró á enviar á Gendebien á París para saber qué es lo que haría Francia caso que esto sucediera; pues creía el gobierno que, si podía sostener la defensa de la patria contra los holande-

Vencido el príncipe Federico, obligado á retirarse, se comprende qué es lo que había de pasar en las demás ciudades con una guarnición en casi todas ellas belga-holandesa. Los soldados belgas, pronunciándose en favor de la causa de la patria, imposibilitaban la resistencia, y ésta, en efecto, fué casi nula en todas partes, y en todas partes desgraciada para los holandeses, quienes, diez días después de su retirada de Bruselas, no ocupaban de Bélgica más que la provincia de Amberes, y las plazas fuertes de Maëstricht, Venloo y Luxemburg.

Ya hemos visto cómo y en qué momentos había

ses apoyándose en el patriotismo de todos, era un sueño pretender una defensa imposible contra Prusia y Holanda unidas.

Mientras así se preparaba el gobierno provisional para defender la independencia de Bélgica que había decretado á instancias de Potter sin hacerla pública, llegaba á Amberes el príncipe de Orange acompañado de los ministros belgas y de los miembros del consejo de Estado belgas con la misión de restaurar el orden y la autoridad holandesa, reconociendo la separación administrativa de Bélgica.

Que esta concesión venía tarde, era evidente, pero como ahora venía traicionera, venía aún más mal, pues el príncipe, continuando aquella villana política que había querido perder á Plentickx, se dió en fomentar en todas partes los celos provinciales contra Bruselas, mientras entraba en tratos con Weyer y Merode, partidarios de la casa de Nassau para su restablecimiento. Por fortuna el pueblo estaba armado, y el pueblo hubiera obedecido ciegamente á

Potter, á quien de hecho se consideraba como jefe del gobierno y Potter no entendía perder lo que al fin había conquistado su patria, la independencia; así todos los manejos del príncipe vinieron á estrellarse contra su vigilancia y decisión, que supo resistir la suprema emboscada, pues el príncipe de Orange se dejó seducir por los que creían que reconquistaría su antigua popularidad si rompía con su patria, y Orange hizo esto declarando á Bélgica nación libre é independiente, poniendo en libertad á seguida á los belgas detenidos en la ciudadela de Amberes, y absolviendo á los soldados belgas del juramento de fidelidad prestado al rey de Holanda,

Pero el gobierno provisional, bajo la presión de Potter, contestó con una desdeñosa proclama al acto realizado por el príncipe, diciéndole que no era de él, sino de su propio esfuerzo, de donde había sacado el pueblo belga el reconocimiento público de su independencia.

El príncipe entonces, para acreditar que había obrado de buena fe, se desterró de Holanda yéndose á vivir como un emigrado á Londres, en donde ya se celebraban conferencias diplomáticas para tratar la cuestión belga, presentándose desde luego como el candidato más serio á su corona; pero fiel siempre á su casa y á su padre, el príncipe no supo



JOHN BRIGHT

desempeñar bien su papel, y nunca ocultó que á su padre ó á él en su defecto tocaba ser rey de Holanda y de Bélgica.

Había abandonado el príncipe á Amberes en ocasión bien fatal para él, para hacer valer sus pretensiones, pues salió de la ciudad cuando ya los belgas estaban á sus puertas, pues tan pronto Gendebien regresó de París con la seguridad de que Francia intervendría en favor de Bélgica si Prusia intervenía en favor de Holanda, el gobierno provisional acordó que el general Mellinet marchara á la conquista de Amberes, y diez días le bastaron para penetrar en la ciudad, gracias al levantamiento de su población que abrió las puertas á los voluntarios belgas, que en una serie de brillantes combates se habían puesto al pié de sus muros. Sólo faltaba rendir la Ciudadela, y se hubiera obtenido de seguro sin la intransigencia del pueblo que quería una rendición pura y simple, cuando por medio de la suspensión de armas que proponía el jefe de Amberes, general Chassé, se hubiera podido conseguir la salida de las

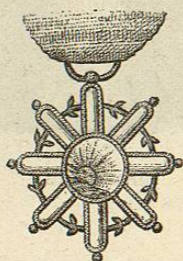
tropas holandesas, que ahora cumpliendo con su deber se impusieron á la ciudad y al ejército belga, bombardeando cruelmente la plaza; y fué de esta manera como el general holandés obtuvo la suspensión de armas que inútilmente había pedido.

Esta cruel necesidad de la guerra hábilmente explotada, motivó la intervención de las potencias reunidas ya en conferencia en Londres como hemos dicho, y en su consecuencia se señalaron á Holanda las fronteras que tenía antes de su unión con Bélgica, pero dejando aún en su poder Luxemburg, Maëstricht y la ciudadela de Amberes. Venloo había caído ya en poder de la insurrección que había puesto coto á las intrigas de los orangistas en Londres, declarando á instancias de Potter, que la dinastía de Nassau había cesado de reinar para siempre en Bélgica,—24 de Noviembre de 1830.

«Rechazando á la dinastía reinante, daba el movimiento belga mayor fuerza al golpe que la Revolución de Julio había dado al sistema conservador y al principio del establecimiento, tales como se practi-

caban en Viena. Pero aun hizo más. Fundó la Constitución belga, que, influyendo indirectamente sobre la marcha de los tiempos, se convirtió en la bandera que siguieron todas las constituciones futuras. Además, consagró el principio de las nacionalidades, que iba á ejercer directamente su influencia sobre una serie de Estados, en los cuales los pueblos sometidos al yugo de sus amos, llevaban aún las cadenas del esclavo. Así, pues, en dos nuevas direcciones el movimiento belga dió dos nuevos golpes, no menos

directos, al centro mismo de las doctrinas y de las creaciones del gabinete de Viena, golpes que vinieron á unirse al que la Revolución de Julio acababa de darles. Efectivamente, de esta suerte se quebrantaron por el choque directo y violento, de una parte las viejas teorías de los hombres de Estado austriacos sobre los antiguos Estados representativos, y de la otra, el sistema de fusión de los pueblos tal cual lo había puesto en vigor el Congreso de Viena.» — GERVINIUS.



Persia: Condecoración del Sol y el León



CAPITULO XXXIX

PROPAGACIÓN DEL SISTEMA REPRESENTATIVO EN LA ALEMANIA DEL NORTE

Estado de tranquilidad en la mayor parte de Alemania, en donde no llegó á turbarse.—*Sajonia*: Tumultos en Leipzig.—Movimientos en Dresde.—Promesa de una nueva Constitución.—*El ducado de Brunswick*. Incendio del castillo y fuga del duque Carlos.—Gobierno provisional del duque Guillermo.—Regreso y expulsión del duque Carlos.—*La Hesse electoral*: Motines en Kasel.—Guerra civil en la Alta Hesse.—Convocación de una Dieta Constituyente.—Agitaciones en Thuringia, en el Holstein y en el gran ducado de Oldenburg.—*El Hannover*: Agitación en Goettinga y Osterode.—Victoria del movimiento en el momento de su ruina.—La Dieta germánica.—La Dieta germánica contra el duque de Brunswick.—Resultados.

SI la Revolución de Julio hizo en Alemania el efecto de despertar tras un pesado y largo sueño; la revolución de los Países Bajos y la separación de Bélgica, produjo todos los efectos de la más grande sorpresa. Nadie se podía dar cuenta de lo que pasaba en el mundo ni de lo que era de esperar ó de temer. Sin embargo, aun las cosas no habían tomado en los Países Bajos el carácter de ruptura entre los dos Estados que les integraban, cuando ya en Alemania se principiaron á sentir los primeros síntomas de la agitación. Sintieron, como es natural, en aquellos países en donde pesaba con más fuerza la mano de Austria, pues, mientras en Baden todo se redujo á grupos en las calles que no llegaron á tener significación alguna, en Baviera las manifestaciones fueron de confianza y simpatía por la dinastía reinante, mientras en el Wurtemberg todo pasó como si tal cosa.

En Austria, en donde el sistema tenía raíces en la apatía y mansedumbre de los austriacos, en Austria, á pesar del descontento producido por la in-

roducción de ciertos recargos en las tarifas de consumo y la introducción de las quintas en algunos países como el Tirol y el Voralberg, hasta entonces exceptuados, no ocurrió el menor disgusto, y lo mismo sucedió en Hungría, hasta aquí siempre apartada de las corrientes políticas modernas y en donde el presidente de la Cancillería Aulica, Adam Reovitzky, había sabido desorganizar la oposición, introduciendo á sus jefes dentro del gobierno y administración del Estado, convenciendo al emperador de la necesidad de respetar escrupulosamente la Constitución húngara, y hacer una gran cuestión nacional del coronamiento del hijo del emperador como rey de Hungría, con lo cual satisfacía lo mismo á los amigos del boato que á los sencillos patriotas húngaros que creían que la banalidad de tal ceremonia era una consagración más de su autonomía, y como la convocatoria para la solemnidad y reunión de la Dieta se hizo diez días antes de que estallase la Revolución de Julio, los acontecimientos interiores no dejaron tiempo para